

D. Martin no aparecia, y entonces las pesquisas se limitaron á un riguroso *cateo* en la casa del revolucionario.

Cuando este lo supo, ocultó sus papeles bajo de tierra, y provisto de un poco de oro y de un *Pactolum* de esperanzas, se evadió violentamente de México.

Entonces solo se podia salir de México para ir á incorporarse en alguna fuerza revolucionaria.

Así lo hizo D. Martin.

Despues de sustraerse laboriosa y dificilmente á la activa eficacia de los rastros sabuesos de Lagarde, despues de atravesar por en medio de ese tortuoso y oscuro sendero que cruza el conspirador en medio de la sociedad, despues de un millon de dudas, vacilaciones y sustos, nuestro hombre se presentó una noche en su casa, abrazó conmovido á su familia, y de los brazos de su esposa é hijos pasó á ingresar en uno de esos grupos luminosos, raudos y terribles que describian en el gran mapa del territorio una línea sinuosa de sangre y de fuego.

Se hizo un tanto guerrillero.

Y muchas veces el hombre determina su carácter y despier-ta dentro de sí mismo una energía desconocida, lanzándose á formar parte de una de esas nubes de acero y carne humana que se ven á lo lejos chisporrotear y fulgurar, lanzando destellos, humo, polvo, gritos y muerte: avalanches desencadenadas y poderosas que se precipitan por todas las faldas de nuestras montañas, tronando y relampagueando; lavas incandescentes que se desbordan del encendido cráter de la idea y des-cienden á abrasarlo todo, á arrasar cuanto existia de viejo é inusitado, á producir un gigante cataclismo en las ciudades, á matar las superficies gastadas é inútiles de nuestro suelo, á consumir, en bien y provecho de la humanidad entera, una especie de transformacion geológico-social, de la cual resultan al mundo las prendas inestimables de la reforma y el progreso.

D. Martin, pues, tenia que legar algo mas que moralidad á sus hijos, y fué á buscar ese *algo mas* al campo de los combates. Al través de cierto tacto instintivo, comprendió que lanzarse á la revolucion era enlazar una cuestion patriótica con otra de bienestar privado; y haciendo una especie de equipaje de aquel embrollo de ideas de honor, deber, porvenir y utilidad, cargó con todo hácia uno de los cuerpos de ejército que expedicionaban por el Estado de Michoacan.

La familia de D. Martin era numerosa, y Piedad era su hija mayor y predilecta.

El pobre hombre hacia mucho tiempo que consagraba largas horas de sus noches y de sus dias á un pensamiento único, fijo, constante y atormentador.

El porvenir brillante, ó cuando menos tranquilo, para su hija Piedad.

La idea del porvenir de su hija, roía el corazon y el cerebro de D. Martin con la saña de un extraño suplicio.

Al despedirse de ella para partir, sintió que su corazon se oprimia y que le saltaban las lágrimas; pero partió, no obstante, satisfecho, y murmurando sin cesar:

—¡Al menos se habrán puesto todos los medios!

Y al murmurar estas palabras, D. Martin pensaba en un laberinto confuso de objetos heterogéneos en su expresion, aunque consiguientes, absolutamente lógicos en el orden de las cosas de la vida, tales como son. Veia el buen hombre en su «mañana» un torbellino de rosas, oro y diamantes, gasas y joyas, brotando de un fuego nutrido de fusilería; distribuia lo bello entre su hija y el resto de su familia; pensaba en que era casi evidente que iba á comprar la realizacion de sus paternales ensueños, á precio muy alto:

Con su propia existencia.

«Huérfana acaso; pero tranquila, segura, acaso feliz:» pen-

saba D. Martin, de Piedad, como quien piensa al mismo tiempo en un bien y en un mal, y heroicamente se resuelve á aceptar el uno por el otro.

Y en la época en que la muchacha experimentaba el vacío que deja al ausentarse la sombra querida de un padre, habia aparecido á sus ojos la sombra de un amante.

No equivale; pero peor es nada, hubiera dicho la jóven, si por acaso le hubiera ocurrido decir algo.

Probablemente nada dijo.

Si aquel hombre no hubiera sido padre, acaso jamás habria llegado á pasar de un hombre cualquiera.

Por su hija, bien pudo haber llegado á todo.

XLII.

Hay muchos paréntesis que poner en la vida de un desgraciado.

Todos los instantes, todos los dias, todas las épocas si se quiere, en que una tregua de su destino lo ha hecho formar una idea de la felicidad.

Pero la felicidad es una especie de aurora boreal, poco frecuente en las regiones ardientes.

La aspiracion continua, el deseo constante, un *algo* que perseguir en la vida; hé aquí uno de los principales elementos de la felicidad; que si no, pudiera darse el absurdo abstracto de que es posible la felicidad sin un objeto á que referirla. Coronar una aspiracion, dar lleno á un deseo, equivale á hacerse ilusiones de que *se es feliz*.

¡Ved á lo lejos lo que anhelais! ¿Es posible tenerlo en vuestras manos? ¡Imposible! Este imposible es lo que basta para haceros creer que su adquisicion os haria felices.

Ya lo teneis en vuestras manos..... reíos..... ¿Lo sois?
¡Ay! acaso la felicidad humana solo consista en el deseo siempre probable, jamás cumplido!

¡Cuánto haríais con lo que os falta!..... ¿Qué hacéis con lo que teneis?.....

Pérguisteis años enteros un grande honor, un gran caudal, una linda mujer.

Llegais solo á entrever el honor, acaso en el campo de la muerte: llegais á adquirir solo algun dinero, quizá á expensas de la dignidad, del decoro: llegais, por último, á conquistar solo una sonrisa de *ella*, que tal vez con su sonrisa os burla ú os engaña.....

Entonces os enloqueceis.....

¡Todo, todo para mí! gritais precipitándoos sobre todo.

Llega un dia en que adquirís todo el caudal, se hace vuestra toda la mujer, y se os concede plenamente todo el honor.

¿Y qué?.....

Feliz el que desea, aunque sus deseos no lleguen á verse satisfechos!

XLIII.

Antonio habia conocido á Piedad durante la época de la ausencia de D. Martin.

Piedad resentia aún los efectos de esa ausencia, y si bien esta circunstancia pudo ser favorable para que el jóven esperara algo propicio de un corazon preparado á abrirse á un afecto susceptible, por decirlo así, á consecuencia de otro, nada, sin embargo, llegó á obtener por entonces, sino esas expresiones vagas, esos conceptos aéreos, si podemos decirlo, de un lenguaje puramente de las almas que se comprenden solas

y que desdeñan para expresarse de la pobre, de la humilde organizacion material.

Piedad era una hija excepcional, y jamás hubiera dicho *sí* á su amante, sin recabar previamente toda la aquiescencia y beneplácito necesarios de su *papáito*, como llamaba á D. Martin.

No urgia mucho, por otra parte, y el poco tiempo que tardara el señor en volver, serviria para *probar* y *observar* un poco á aquel jóven.

No habia necesidad de acelerar nada, ni de contestar las insinuaciones, si él no llegaba á exigirlo de una manera muy apremiante.

Bastaba una conducta que revelara buena y simplemente *disposicion*, sin concederlo *todo* y sin negarlo.

Por lo demás, las cosas *caerian de su propio peso*.

Y así tambien *se veria* si era posible unir la *conveniencia* con la simpatía, y haciéndolo *todo* compatible, marchar en *todo* con prudencia, y no hacer con el tiempo *una locura*.

Porque —decia Piedad— las pobres mujeres *pierden* mucho cuando no saben manejarse en una cosa de estas, que, no tiene duda, es necesario pensarlas.

—Yo veré cómo hago para que este señor no sufra —pensaba siempre al fin de todas sus reflexiones, por mas serias y sensatas que fuesen, pues no podia negarse; Piedad tenia un excelente corazon y era la bondad y la indulgencia personificadas.

Así es que nada perdía con dejarse ver en el balcon, ni con ponerse lo mas *bonita* que fuera posible para salir á la calle, ni con repetir de vez en cuando el *Ideal* de Octaviano Valle y «La Sombra,» cancion de no sabemos quién.

¡Y cuidaba la muchacha con un esmero tal sus botines de raso color de nube!

¡Todo esto era inocente, muy inocente, recomendable, sublime! Todos estos eran rasgos de indulgencia y de bondad de

aquella muchacha, que sin saber ni por qué, se sentia inclinada á no contrariar á Antonio, y pensaba mas en llevar á cabo sus nobles propósitos de sostener por cierto tiempo un *statu quo* que era indispensable, que en ceder á los impulsos de una coquetería que siempre hubiera sido inocente, inofensiva, verdaderamente irreprochable.

Antonio fué mas que un santo: se sujetó á la casta represion de un mártir del amor. El amor se desbordaba en su alma, el amor henchia sus venas, el amor lo arrobaba, lo llevaba hasta sus misteriosas mansiones, antecambios del placer.

Aquella niña, con la voluptuosidad de su juventud y de su tipo perfectamente espirituales, hubiera formado el Eden, la epopeya primitiva de los amores, enlazada voluptuosamente á su jóven compañero: hubiera sido la Eva ardiente, tierna y acariciadora de un Adán social, frenético, salvaje y casi terrible en sus arranques amorosos, creador, fecundo, noble y grande, semejante al dios del Paraíso, despues de detallar, de analizar, de devorar á solas en el consagrado retrete nupcial, entre sonoros besos y caricias locas, á su compañera, asombrada de tanto amor y tanta energía, reproduciendo el *imágen y semejanza* del principio de los tiempos, repitiendo el *fiat lux* del Jehovah, eriendo, cumpliendo la mision, siendo el hombre en su tipo, ó mejor dicho, el tipo del hombre.....

Llegó un dia en el que Antonio ya no fué dueño de deliberar sobre los inconvenientes sociales á que tenia que sobreponerse para hacer expresivos sus apasionados sentimientos, y se propuso presentar su corazon *desnudo*, como se habia propuesto no hacer visible su persona sino *vestida*.

Escribió una carta llena de esos ardientes y expresivos desatinos del amor verdadero, desatinado siempre, pobre y casi tartamudo en su expresion, siempre que su expresion sea ó tenga que ser el lenguaje vulgar de los hombres.

Al poner el obligado «señorita» se exasperó: hubiera puesto «diosa,» «ángel» ó «hermana,» y no hubiera quedado satisfecho. Sentía, al dirigirse á Piedad, la necesidad imperiosa de llamarla con un nombre sin equivalente en ningun idioma conocido. Puso, sin embargo, su trivial vocativo, y derramó toda su alma é impregnó todo su papel en arranques de tal manera vehementes y apasionados, que á las pocas frases comprendió que habia agotado todos los elementos de la expresion: hubiera necesitado seguir gritando y sollozando, interpeándola solo con el corazon, hablándola solo al alma, y esto no es posible en un miserable fragmento de papel.

«Perdóneme vd. que no me explique, aunque yo no pueda perdonarle que no me entienda; pero me duele tanto esto, que vaya vd. á ver si podré vivir así!

«No quise volver á pasar en mucho tiempo, porque vd. no dijera «como todos,» y no lo dijo vd..... Pero ya me moria, y pasé.....

«Vd. dispense; pero ya no aguanto el corazon, y me permito escribir porque ya me estaba ahogando..... No tenga vd. cuidado, que yo no quiero divertirme, y haré por casarme pronto si vd. quiere..... ¡Si vd. supiera todo lo que pienso y todo lo que hago para eso!..... Verá vd. como todo se arregla con solo que vd. me quiera un poco, porque yo quiero á vd. mucho; que si así no fuera, estaria como estoy en estos momentos, llorando como lloran las mujeres?.....

«¡Dígame vd. algo, por Dios! porque si vd. quiere, tendré mucho que hacer.....

«¿Qué, nunca ha sentido vd. esto que yo siento aquí? ¿Qué será esto, santo Dios, que ya no lo sufro, y no puedo estar sin ello!

«Le iba á decir á vd. muchas cosas que ó no recuerdo ó no puedo explicárselas.... ¿Vd. me entiende? ¿Se burlará vd. de

mí porque lloro? Mil perdones; pero contésteme vd. cuanto antes, porque me estoy muriendo!.....»

Piedad recibió aquella carta como un rayo. Trémula, conmovida y llena de emocion, se encerró á leerla, y la leyó temblando. Aquellos disparates le hablaron muy alto: aquella incorreccion pueril la convenció de que era amada hasta un grado que acaso jamás habia pensado.

Y sin embargo, aquella declaracion le venia casi de una sombra. Piedad no habia tenido oportunidad de ver á su amante de un modo claro y distinto: no sabia de él mas sino que era un muchacho delgado, romántico, de levita, y que le decia que la queria mucho, y que se lo escribia, que le mandaba flores, que se moria de amor por ella.

—¡Pobre hombre!—dijo despues de haber leído aquel sublime fárrago, sintiendo que las lágrimas se le agolpaban á los ojos!

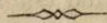
Hasta entonces habia estado curiosa, inquieta, desasosegada. Desde ese dia comprendió que la tranquilidad habia huido de su alma.

Habia un hombre que sufría, y sufría mucho, por su causa, y esto no podía ser. ¿Por qué habia de sufrir un hombre por ella? ¿por qué habia de ser desgraciado con el amor que le inspiraba? Era preciso evitar esto á toda costa..... Evitarlo..... ¿pero cómo? Entregándosele. Casándose con él, amándole como él la amaba, y tranquilizándole desde luego..... era preciso para tranquilizarle, contestar aquella carta de una manera muy fina y muy decorosa. Pero habia una dificultad. ¿Cómo habia de contestar una carta amorosa, precisamente cuando papáito estaba ausente? Esta dificultad era invencible para la pobre niña.

Pero Piedad era un ángel, y se propuso abrir sus alas para abrigar á aquella alma enamorada. Se resolvió á emplear toda

la bondad, toda la indulgencia de su carácter, para poder proporcionar un poco de flores y de calma á la vida de aquel desgraciado; inclinar hácia él su frente llena de apacibilidad y serena como una alborada: sonreírle con una castidad é inocencia como una hermana que sonrío á su hermano, ó una madre á su hijo. Por último, si era preciso, se resolvería á decir á aquel *pobre señor*, de un modo mas ó menos indirecto, que esperara, que esperara *un poquito*.

Antonio, en los momentos en que la jóven se formaba tales resoluciones, no pensaba ni remotamente en la felicidad que su destino le preparaba, pues en tales momentos su buen destino abría para él todas las flores del cariño, todos los pálidos, fragantes y castos lirios de la ternura, guardados en el seno de aquella muchacha. Él la amaba. Ella le quería compadeciéndole. En él habia el indómito fuego de una pasión juvenil; en ella la casta afección de una hermana, un cariño apacible y lleno de abnegación y desinterés.....



CAPÍTULO IX.

¡ADELANTE!

XLIV.

Así pues, Antonio amaba con todas sus fuerzas.
Piedad compadecía con todo su corazón.

Bajo tal concepto, ambos hubieran podido llegar fácilmente hasta el cumplimiento de la misión sagrada.

Pero él era una planta exótica en el mundo, un arbusto que no daba sombra, un rosal seco y estéril.

Ella, flor pudorosa, solo hubiera podido desplegar todas sus gracias, desatar todos sus capullos y derramar todos sus aromas, bajo la sombra de árbol mas frondoso.

Tanta abnegación habia en la jóven, tanta bondad y tan resuelta predisposición hácia el amor, que con gusto hubiera sido menos rosa, con tal de que él hubiese sido mas árbol.

Porque estas rosas que se llaman mujeres, y estos arbustos que se llaman hombres, fácilmente llegan á comprenderse, á